

Tove Ditlevsen

Felicidad perversa





Seix Barral Biblioteca Formentor

Tove Ditlevsen

Felicidad perversa

Traducción del danés por
Blanca Ortiz Ostalé

Título original: *Den onde lykke – og andre noveller*

El paraguas (Paraplyen) © Tove Ditlevsen & Hasselbalch, Copenhage, 1952.

Publicado de acuerdo con Gyldendal Group Agency

Felicidad perversa (Den onde lykke) © Tove Ditlevsen & Hasselbalch, Copenhage,

1963. Publicado de acuerdo con Gyldendal Group Agency

© por la traducción, Blanca Ortiz Ostalé, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Este libro se ha publicado con la colaboración de Danish Arts Foundation



Danish Arts
Foundation

Primera edición: mayo de 2024

ISBN: 978-84-322-4340-0

Depósito legal: B. 5.230-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



EL PARAGUAS

Helga siempre había esperado de la vida —contra toda lógica— mucho más de lo que esta podía darle. Las personas como ella se mueven entre nosotros y no difieren demasiado por su aspecto de aquellas que, por instinto, organizan sus asuntos y encuentran el sitio exacto que, por físico, aptitudes y entorno, les corresponde en el mundo. En lo tocante a estos tres factores, Helga solo estaba mediocrementemente dotada. El día de su lanzamiento al mercado matrimonial era una jovencita demasiado menuda y demasiado insulsa de labios finos y nariz respingona cuyo único activo prometedor eran unos ojos grandes de mirada interrogante que un observador atento habría calificado de «soñadores». Pero Helga se habría visto en un apuro si le hubiesen preguntado qué soñaba.

Jamás había dado muestras de un talento par-

ticular para nada en especial. Se había defendido bien en la escuela elemental y los empleos domésticos le duraban mucho tiempo. No tenía nada en contra de salir a trabajar, en su familia era algo tan natural como respirar. En líneas generales, era dócil y tranquila sin resultar retraída. Tenía unas amigas con las que iba por las tardes a un salón de baile. Se tomaban un refresco cada una y oteaban el panorama en busca de una pareja. Cuando ya llevaban tiempo sin que las «sacaran», las amigas se avenían a bailar con el primero que llegara, así fuese jorobado. Helga, en cambio, se limitaba a lanzar miradas distraídas por el local y, cuando veía a algún hombre que encajaba en sus gustos —siempre eran morenos de ojos castaños—, lo observaba con tanta insistencia, descaro y seriedad que él a duras penas podía no reparar en ella. Si alguno que no formase parte del selecto grupo se inclinaba ante ella (cosa que, por cierto, no ocurría a menudo), bajaba la vista con timidez y, algo ruborizada, se disculpaba con torpeza: «No bailo». A unas mesas de distancia, unos ojos castaños seguían con curiosidad el insólito espectáculo. Una joven que no se vendía al primero que pasaba.

Con el tiempo fueron muchos los enamoramientos que turbaron la superficie de su ánimo como la brisa de primavera hace temblar las hojas nuevas sin alterar por ello su ciclo vital. El hombre la acompañaba a casa y besaba unos labios fríos y apretados que se negaban a abrirse y abandonarse

a la pasión. Helga era muy convencional. No es que quisiera casarse antes de entregarse, pero se le había metido entre ceja y ceja que primero necesitaba un anillo y que sus padres conocieran formalmente al elegido. Ellos, demasiado impacientes o con escaso interés en esperar hasta esa ceremonia, se iban más o menos decepcionados. A veces ella sentía una punzada de dolor, pero luego lo olvidaba al verse arrastrada por el ritmo de su vida: trabajo, sueño y nuevas tardes con nuevas posibilidades.

Hasta que, a la edad de veintitrés años, conoció a Egon. Él cayó rendido ante esa rareza suya, esa singularidad indefinible que pocos advertían y aún menos veían como una ventaja.

Egon era mecánico y, aparte de eso, le interesaban el fútbol, las quinielas, el billar y las chicas. Pero como los enamorados sienten el roce de un aleteo procedente de estratos superiores, resultó que aquel sujeto tan ordinario empezó a leer poesía y a expresarse en términos que, de haberlo oído, habrían dejado boquiabiertos a sus compañeros del taller. Después, al recordar aquella época, lo haría con la sensación de quien ha sufrido una grave enfermedad que ha marcado su vida. Pero mientras le duró, vio con orgullo y embeleso la inocencia que Helga había cuidado con tanto celo, y una vez puestos los anillos y superados los actos de presentación ante la familia, tomó posesión de su propiedad en la cama turca de su cuar-

tito alquilado. Todo estaba en su sitio. Ella no lo había engañado. Satisfecho, se abandonó al sueño, dejando sin embargo a Helga sumida en la confusión. Lloró un rato, porque en eso, como en todo, había imaginado cosas extraordinarias. Lágrimas superfluas, pues su suerte había quedado definitivamente echada. La boda ya tenía fecha, el ajuar estaba listo, y había anunciado en la casa donde servía que iba a dejarlos porque Egon se negaba a que, una vez casados, «fregotease por ahí en casa ajena». Sus amigas sentían los celos de rigor y sus padres estaban satisfechos. Egon era un obrero cualificado, lo que lo situaba un peldaño por encima de su padre, que siempre le había inculcado que en este mundo no hay que rebajarse, pero tampoco «tener humos».

Esa noche, Helga no tuvo una sensación clara de que le hubiese ocurrido nada decisivo. Aun así, se quedó despierta un buen rato sin pensar en nada en particular. Estaba ya medio dormida cuando un extraño deseo descendió volando y se escabulló hasta el interior de su conciencia: Si tuviera un paraguas, pensó. De pronto le pareció que aquel artículo, para ciertas personas de primera necesidad, era lo que había soñado toda su vida. De niña siempre pedía por Navidad cosas razonables, asequibles: una muñeca, unas manoplas rojas, unos patines. Pero en Nochebuena, al ver los regalos debajo del árbol, era presa del éxtasis de la expectación. No podía apartar la vista de sus pa-

quetes, como si encerraran el mismísimo sentido de la existencia, y los abría con mano temblorosa. Después lloraba por la muñeca, las manoplas y los patines que había pedido y le habían regalado. «Mocosa desagradecida —decía su madre, furiosa—, siempre echas todo a perder.» Y era cierto, pues en el cumpleaños o la Navidad siguientes se repetía la escena. Jamás supo qué esperaba hallar dentro de aquellos paquetes tan coloridos. Quizá alguna vez pidiera en su lista un paraguas que nunca le trajeron. Habría sido absurdo regalarle un objeto tan ridículo e innecesario. Su madre no había tenido un paraguas en toda su vida. La gente se tomaba las inclemencias del tiempo como venían, y no andaba figurándose que cada quien podía, a título particular, proteger su maravilloso pelo y su maravillosa piel de la lluvia que empapaba todo lo demás.

Después de aquello, Helga se centró en pensar en el papel de la mujer casada y, con ayuda de su madre, en cumplir los deberes de una joven comprometida. Sin embargo, a menudo se quedaba en vela junto a Egon, acariciando ese extraño sueño del paraguas.

En su mente tomó forma una imagen muy concreta. Confería a su secreto un aura de algo prohibido y casquivano que, incluso estando despierta, se traslucía en sus rasgos como un velo delicado, intangible, que a veces impulsaba a su prometido a exclamar: «Pero ¿en qué piensas?».

Molesto y celoso, como si sospechase algún tipo de infidelidad por su parte. Un día ella le contestó: «En un paraguas». Y él replicó un contundente: «¡Tú estás mal de la cabeza!». Pero para entonces había dejado de leer poesía y ya nunca hablaba de sus «ojos soñadores», lo que no significaba en absoluto que se sintiese decepcionado. Era solo que Helga ya formaba parte de su vida y sus rutinas de manera definitiva. Juntos asistieron a un sinfín de partidos de fútbol sin que ella alcanzara a comprender qué tenía de especial aquel entretenimiento que hacía que todos lanzasen gritos de júbilo y se portasen como posesos.

La imagen que fue tomando forma en su recuerdo era la siguiente: ella, con unos diez o doce años, sentada en el alféizar del dormitorio familiar, contemplando el patio al débil resplandor de la farola de la escalera interior. Estaba en camisón y tendría que haberse acostado, pero había adquirido la costumbre de sentarse allí un momento antes de dormir, a contemplar la noche sin pensar en nada mientras una dulce paz borraba de su mente los acontecimientos del día. Entonces se abría el portón y una encantadora criatura de ensueño corría a pasitos cortos por los adoquines mojados del patio, que la lluvia salpicaba a un ritmo furioso. Un largo vestido amarillo pasaba casi rozando el suelo y por encima de una cascada de rizos de seda flotaba un paraguas. No como el que llevaba la abuela de la niña, redondo, negro,

abombado y con un sólido mango, sino una cosita plana y traslúcida de color claro que parecía formar parte de quien lo llevaba como unas alas radiantes de mariposa. Fue apenas un destello y después el patio volvió a quedar como antes, pero el corazón de Helga se aceleró presa de una extraña agitación. Entró corriendo en el salón, donde estaban sus padres: «Ha pasado una señora por el patio —dijo en voz baja; luego, entre el asombro y la veneración, añadió—: ¡Llevaba un paraguas precioso!».

Iba descalza, pestañeando a causa de la luz. Sin contar con base alguna de comparación, de repente aquel salón que tan bien conocía se le antojó pequeño y pobre. Su madre la miró perpleja: «¿Una señora?», preguntó. Luego curvó los labios hacia abajo como tenía por costumbre cuando algo la desagradaba o la indignaba: «Ah, la golfa esa de al lado —dijo con brusquedad—, no tiene vergüenza». El padre se volvió hacia la niña con una ira repentina: «¿Y tú qué cojones hacías mirando por la ventana cuando tenías que estar en la cama? ¡Anda a dormir!», gritó.

Había visto algo que no estaba permitido. Había entrado en su mundo algo que no estaba antes. A partir de entonces —aunque por lo general era una niña obediente— se escabullía todas las noches hasta el alféizar de la ventana para ver deslizarse por el patio el vestido amarillo, hiciera el tiempo que hiciera, siempre envuelto en un halo

indescriptible de dulzura y de misterio y siempre acompañado por el singular paraguas, visible o invisible según lloviese o no. Aquella visión poco o nada tenía que ver con la cara soñolienta que asomaba por la puerta de la vecina cuando Helga llamaba para pedir un poco de margarina o harina por encargo de su madre, que cada vez que iba a hacer una salsa echaba en falta lo principal. Las cosas no cambiaron mucho el día que esta criatura dejó la casa. Mucho tiempo después, la niña seguía sentándose en el alféizar de la ventana a esperar a que pasaran el largo vestido amarillo y el paraguas traslúcido flotante. Una vez concluidos los paseos nocturnos por la penumbra del patio, se limitaba a cerrar los ojos y oír el salpicar de la lluvia contra una tela tensa y sedosa, cada vez más lejano como todos los sonidos y aromas de la infancia.

Helga y Egon se instalaron en un apartamento de un dormitorio muy parecido al de los padres de ella y no muy lejos de él. Pero el suyo era un bajo exterior y Helga vio cumplido un viejo sueño cuando pudo sentarse en su propio salón a contemplar el tráfico. Por vez primera en la vida le sobraba el tiempo, y como la ociosidad es la madre de todos los vicios (le gustaba recurrir a ese tipo de refranes), tenía ciertos remordimientos. No por el marido que la mantenía, sino en general. Adquirió un carácter manso y humilde, hacía una

montaña de sus contados deberes y concedía mucha importancia a visitar a sus padres a menudo y recibir sus visitas. A sus suegros, que vivían en provincias, les escribía con frecuencia a pesar de que tan solo los había visto en la boda. Esas cartas, que contenían detalladas descripciones de sus días entre quehaceres domésticos y desvelos para estirar al máximo el sueldo de Egon por el bien común, acababan casi siempre con la misma monótona despedida: «Nosotros nos encontramos bien de salud y esperamos lo mismo para ustedes. Con los mejores sentimientos de su nuera, Helga».

Por las mañanas salía a comprar con su madre, las dos con un pañuelo en la cabeza y un sólido bolso colgando del brazo. Su madre siempre elegía las mejores piezas en el carnicero: «Los hombres que trabajan duro necesitan buenos alimentos», explicaba. Todas las tardes, a las seis en punto, Helga le servía a su marido «buenos alimentos». Pero desde que se iba por las mañanas hasta ese momento, no solía pensar demasiado en él. Una vez hechas la compra y la limpieza, se sentaba junto a la ventana a zurcir algo que la distrajese del hecho de estar allí, mano sobre mano, mientras en la calle todo el mundo iba con unas prisas terribles. Al amparo del escondite invisible de las cortinas, observaba a la gente con el mismo aire grave y atento con que había observado a los hombres morenos de ojos castaños antes de Egon. Sentía una leve curiosidad. ¿Adónde irían? ¿A qué se

debía tanto ajetreo? Sin saberlo, era una persona solitaria. Pensaba mucho en su madre, porque a sus ojos era la única que seguía siendo la misma de siempre. Sentía una especie de tregua cuando estaban juntas. Madre e hija. Seguridad. Era agradable pensar en la infancia. Le gustaba escuchar a su madre contando hechos concretos de su niñez. Su madre era muy habladora. Las frases salían de su boca y componían sólidos marcos que encuadraban paisajes remotos e imprecisos. «Qué bien te ha ido, deberías apreciarlo un poco más, pero siempre has sido una ingrata», solía decir. «¿Cómo que ingrata?», le tiraba Helga de la lengua. Y entonces le contaba la historia de cómo lloraba cada vez que le hacían un regalo. «Al final, hasta nos daba miedo comprarte cosas», aseguraba la madre, y las dos se quedaban en la penumbra, indignadas al pensar en esa niña malcriada que lloraba si le hacían regalos que habrían entusiasmado a cualquier niño. Hablaban de aquel misterio en el mismo tono y de la misma forma en que se habla de una escarlatina ya superada: «Cielo santo, estabas tan enferma que creíamos que no saldrías adelante».

Lo que más le gustaba a Helga era que le hablara de todo lo que iba más allá de los borrones aislados de su memoria. De las primeras palabras que había dicho, de cuando dejó de llevar pañales, etcétera, cosas que en nada diferían de lo que cualquier madre del mundo contaría de sus hijos.

Acostumbraba a terminar tales historias levantándose a recoger mientras hacía comentarios como: «Ay, esos tiempos se fueron para no volver», y otras banalidades por el estilo que, aunque dichas sin el menor asomo de pena, iban dejando rasgones en el velo que envolvía el corazón de Helga como envuelve el corion a un bebé que aún no ha nacido.

Cuando la madre se iba (siempre poco antes de la hora a la que llegaba Egon), Helga despedía con la mano su figura compacta y familiar mientras la miraba y volvía a sentarse junto a la ventana sin encender la luz. La tristeza iba creciendo en su interior y a su alrededor. Pensaba: Ojalá que Egon no tarde mucho. Pero cuando al fin llegaba y saturaba los cuartitos de la casa con su ruidosa presencia, rompiendo el hechizo, resultaba no ser él lo que tanto había anhelado. Cumplía con sus deberes domésticos en silencio, comía como un pajarito y contestaba sí o no cuando los comentarios de su marido requerían una respuesta. A veces él la miraba con aire inquisitorial: «Deberías tener un crío, no entiendo por qué carajo aún no ha pasado nada», decía. A ella la ruborizaban sus deficiencias en ese aspecto, pero más aún el hecho de no echar en falta un hijo. La cercanía de su madre había revivido en ella a la Helga niña y no parecía quedar espacio para nadie más. En ocasiones le mentía cuando él le preguntaba si había ido su madre, porque por algún motivo no le hacían mu-

cha gracia sus repetidas visitas cuando él no estaba en casa.

Así pasaban los días, no muy distintos unos de otros.

Una noche, Helga esperó una hora con la cena en la mesa. Cuando Egon llegó estaba borracho y se tiró en el diván, desde donde siguió todos sus movimientos por la sala de estar con una mirada malévolamente acechante. «¿Y a ti qué te pasa, que tienes toda la cara verde?», soltó de repente. Ella corrió asustada a ponerse colorete en las mejillas, pero no tardó en habituarse a que le hablara en ese tono. También se acostumbró a cocinar platos fáciles de recalentar, porque llegó un momento en que nunca sabía a qué hora se presentaría en casa. Se lo contó a su madre. «Egon ha empezado a beber.» La madre pareció inquietarse más que ella misma. «Cuando un hombre bebe es porque está insatisfecho con su mujer», sentenció, y como era de las que pensaban que, en general, cualquier cosa tiene arreglo, aconsejó a su hija que «hablase claro» con Egon y averiguase qué sucedía. Pero Helga jamás había intentado ponerse en la piel de nadie, hasta entonces nunca había sido necesario. Toda ella consistía en un cúmulo de recuerdos sin un patrón, sin un plan. Había unos cuantos pares de ojos castaños, una puesta de sol, una inmensa expectación sin meta fija, un vestido amarillo y un paraguas. Había lágrimas y decepciones y otras muchas cosas, también pequeñas alegrías de cuan-

do en cuando. Y había un hombre que había entreabierto sus labios finos y pálidos y por unos instantes le había hecho sentir un vértigo maravilloso y desconocido. Había una voz que le había dicho extrañas palabras dulces y, por encima de todo, estaba el paraguas de su infancia y de sus sueños, que desplegaba su delicado velamen de seda. No tenía nada que ver con el marido que ahora había empezado a beber. Creía haberle dado cuanto él podía exigirle dentro de lo razonable, y su leve sensación de insuficiencia se refería solo al hecho de que no se quedaba embarazada como correspondía a una mujer casada. Pero hasta en eso le parecía que, como siempre, esperaba más, un beneficio que solo les tocaba en suerte a otras. No es que le reprochase nada a nadie, no lo había hecho jamás; demasiado bien sabía de su propia insensatez. En la lista de deseos de su vida solamente había escrito cosas factibles: un poquito de tiempo para soñar, un marido de ojos castaños... y un hijo, esto último por puro convencionalismo. Su conducta de cara al exterior siempre se había regido por cosas tangibles, y por eso suponía que lo que impulsaba a Egon a beber y a tratarla con dureza era algo muy concreto. Pensativa, asintió a lo que su madre le decía mientras tomaban el té y prometió que «hablaría claro» con su marido. Pero ya había decidido que el problema era aquel niño que no llegaba, y de cosas sin remedio no se habla. Ni siquiera con la propia madre.

Esa noche Egon no llegó hasta las doce. Tiró el mono sucio en plena sala de estar y llamó a Helga, que estaba en la cocina calentando la cena.

—Ya está bien —dijo muy despacio, oscilando como un marinero.

Ella se asomó a la puerta y lo miró con unos ojos tristes y asombrados.

—¿De qué? —preguntó angustiada.

—De todo —contestó él echándole a la cara su aliento alcohólico—. ¿Es que me tomas por idiota?

Ella no respondió, pero se apartó un poco. Su mente funcionaba muy despacio, nunca seguía del todo una situación y mucho menos una inusual, solo despertaba cuando recordaba.

—Se está quemando la cena —apuntó con timidez.

Él soltó una risa desprovista de alegría.

—No quiero nada —replicó arrastrando las palabras—, ya he cenado.

—¿Dónde has cenado? —preguntó ella con calma mientras se desataba el delantal. Le temblaban un poco las manos.

Al ver que se sentía herida o asustada, él soltó otra risotada.

—En casa de una chica guapa del carajo, por si te interesa —gritó triunfante. Después le eructó en plena cara, se fue al dormitorio y se acostó en la cama vestido de pies a cabeza.

Helga fue detrás de él. Lo miró confusa y, sin ninguna idea o sentimiento claro, buscó a ciegas

un apoyo en los tiempos de su infancia y susurró: «Pienso contárselo a mi madre». Pero él ya estaba dormido.

En realidad, si se sentía ofendida ante la idea de que, al parecer, él la hubiese engañado era porque sabía que era su *deber*. Mal está que un marido beba, pero una infidelidad es mucho peor. Su escasa imaginación le ahorró el mal trago de imaginárselo con otra mujer, aunque tampoco habría cambiado mucho las cosas. Solo era una amenaza para su vida de cara al exterior. Ella no había cambiado, su cuerpo era el de siempre, con la única salvedad de que había perdido valor para otros hombres. El concepto de «otros hombres» no se le había pasado por la cabeza desde que estaba casada. Ahora, mientras se desvestía lentamente, solo lo pensaba porque sabía que su madre también lo haría. Su razonamiento sería el siguiente: si este hombre eludía sus deberes para con su hija, habría que reiniciar el peregrinaje entre hombres de ojos castaños para ganarse el pan. Por cierto, que la idea de que tuvieran que ser castaños era también de la madre. Un comentario casual al que se había aferrado con uñas y dientes: los hombres morenos son la bondad en persona.

Egon dormía como un tronco y Helga lo contemplaba. A pesar de que era tarde, no estaba cansada. Se le había caído el mentón, le había salido barba y roncaba. Esas cosas no se piensan de un marido, solo de un extraño. Tal vez fuese hacia

ya tiempo un extraño para ella; desde el día que había ido a su encuentro llena de expectación para volver a alejarse muy decepcionada. A su manera discreta y sin admitirlo como una gran desgracia. ¿Qué significa una persona para otra más allá de que la fuerza a reaccionar?

La reacción de Helga fue singular. Sin objetivo determinado, había ido sisando dinero de la casa y lo tenía escondido en una cajita, un joyero que le habían regalado al confirmarse. Quizá hubiera tratado de convencerse a sí misma de que era para regalos de Navidad o para otros caprichos que, de otro modo, difícilmente habrían podido permitirse. Pero ahora sabía muy bien para qué lo había ahorrado. De repente sonrió en la oscuridad, se levantó de la cama sin hacer ruido y fue hasta el cajón donde guardaba el joyero. La luz de la luna iluminaba el cuartito con el resplandor de un falso amanecer. Con la destreza muda de un ladrón, Helga contó el dinero. Había casi cuarenta coronas. Las sostuvo entre las manos sin dejar de sonreír, tierna, liberada y sola, como sonríen los niños en sueños. Lo único que tenía en el pensamiento era un paraguas traslúcido abierto, de una forma y un color muy determinados. Tanto era su deseo de que llegase la mañana que el corazón se le aceleró como se acelera el corazón de una mujer que va a encontrarse con su amado. Vio la calle lluviosa y se vio a sí misma paseando bajo un tejado de seda. Un sinfín de pensamientos vagos y

luminosos recubrieron su conciencia como hebras de vilano: una casa donde había entrado a servir, la señora en traje de noche: «Oh, Helga, tráeme el paraguas». Había tenido en sus manos muchos paraguas sin sentir nada en absoluto, objetos que quedaban fuera de su mundo, que no eran de su incumbencia. Hasta ahora. Ahora que iba a reaccionar.

Volvió a acostarse y el marido buscó en sueños su cuerpo con la mano, murmurando unas palabras que ella no llegó a entender. Con cuidado, metió de nuevo la mano inerte debajo del edredón mientras la recorría el destello de una ternura lejana. Por un segundo ardió en ella la llamarada de todo el sentimiento que era capaz de inspirarle otra persona, más allá del vínculo que la unía a su madre. Cuántas veces le había gritado Egon que quería el divorcio, que no deseaba seguir casado con un palo de escoba, pero cuando le escupían palabras de aquel modo, se escurrían por ella como por un colador. Así gritaban siempre sus padres cuando discutían. No tenía importancia, se había habituado a ello. Lo principal era que los vecinos no oyeran nada. Ella nunca había servido para discutir. Se figuraba que unos eran así y ella asá. Su defensa era distinta. No se sabía cuándo saltaba. A lo mejor Egon no la había engañado, pero ya qué más daba.

A la mañana siguiente ambos se comportaron como si nada hubiese pasado. Eso también forma-

ba parte de su vida. Helga le preparó la fiambarrera, hizo café y le dio un beso en la mejilla antes de que se fuese. Exactamente igual que siempre. Luego bajó a hacer la compra llena de ideas animosas, expectante. No había nadie que le dijera lo bonita que estaba esa mañana, como puede estarlo a veces la gente corriente cuando se siente colmada de dicha. Resplandecía en el día de noviembre como un lucero de la mañana pálido y frágil que titila con dulzura y con entrega antes de apagarse. No era la misma del día anterior. Era una mujer que iba de tiendas, a ver paraguas. Tardó mucho en encontrar el adecuado. Y lo llevó a casa con la torpeza con que los hombres que no tienen costumbre llevan un ramo de rosas.

Nada más entrar por la puerta, abrió el paraguas y correteó con él por toda la casa. Su alegría aún era pura y nueva. Se movía exactamente igual que la mujer del vestido amarillo de su infancia, entre pilas de cacharros sin fregar, por salas grandes y luminosas con palmeras en los rincones y cuadros por las paredes, entró en un salón iluminado y recordó su primer baile. Se recogió la falda de un vestido invisible y dio unos pasos de danza. El paraguas tenía un mango fresco, esbelto y fuerte, era algo a lo que aferrarse, algo que apreciar, en que creer y reconocerse. Le habría encantado decirles a sus amigas: «Me he comprado un paraguas». Y a su vez reservar ese secreto para ella sola. Lo cerró y examinó el mecanismo con deteni-

miento, las relucientes varillas, los adorables pompones de seda y la tela recia pero transparente en la que la lluvia tamborilearía un día su cántico de horas olvidadas y perdidas.

La embriaguez le duró casi todo el día. No se acordó de su madre, no fregó, ni siquiera limpió el polvo de los muebles. A Egon tampoco le dedicó un solo pensamiento.

Cuando, en contra de su costumbre, volvió directamente desde el trabajo, la encontró en la ventana, como siempre, delante de la cesta de costura, que, por cierto, estaba vacía. Ella le sonrió y se puso en pie.

—No he hecho la cena —anunció con dejadez. Y luego, con una sorna que no era propia de ella, añadió—: Pensaba que volverías a cenar fuera.

Él no dijo nada. Helga pudo comprobar que estaba sobrio y que evitaba su mirada. ¿Por qué? Ardía en deseos de hablarle del paraguas y confesar su pequeña fechoría, necesitaba compartir con alguien su felicidad. Pero él, con un aspecto terriblemente solemne, se sentó a la mesa y se aclaró la voz.

—Siento lo de ayer —se disculpó con desmaña—. Nada de lo que dije era cierto, estaba borracho.

—Ya —dijo ella en tono apagado.

No se había acordado en todo el día. Incluso en ese momento, le resultaba extrañamente difícil pensar en cualquier cosa que no fuese el paraguas, pero la situación exigía que dijera algo. Con

tanta timidez como él, bajó la vista y se miró las manos.

—No pasa nada —aseguró con sinceridad—, ya se me había olvidado.

No vio la sombra que a él le recorría el semblante ni percibió con cuánta desesperación todo su ser la buscaba. Helga era una persona que no acudía si la llamaban; si le hacía falta algo, llamaba ella con un hilillo de voz que muchas veces quedaba ahogado en la tormenta. Además, no es fácil que dos personas se llamen y se respondan al mismo tiempo. Había hallado el equilibrio, tenía incluso de sobra para compartir, pero el marido llevaba tiempo buscándola como una bestia grande y torpe, y ella, ligera y ágil como una gacela atemorizada, había corrido a ocultarse en un claro secreto del bosque.

Allí sentada frente a él, menuda y erguida, la volvió a ver incitante y enigmática. Como mucho tiempo atrás, preguntó celoso y asustado:

—¿En qué piensas?

Y, como entonces, ella lo miró con sus ojos claros y soñadores y contestó:

—En un paraguas. —Y con un ardor repentino, añadió—: Lo he comprado, Egon, ¿quieres verlo? —Ya a punto de lanzarse hacia la entrada, sin aliento de pura excitación.

Pero él la siguió y, presa de una furia súbita y terrible, le arrancó de las manos aquel delicado objeto y lo partió en dos mitades contra su fuerte rodilla.

—¡Mira lo que hago con tu paraguas! —gritó.

Ella observó con pasmo por un instante los dos pedazos, las ingeniosas varillas y la seda desgarrada.

Después pasó a su lado sin decir nada y regresó a la salita, a lo manejable, lo soportable, lo establecido. Se sentó junto a la ventana como antes y entendió al fin que ese era su sitio y que todo era como tenía que ser. Los colores que teñían su recuerdo se diluyeron unos en otros, conformando el principio de una suerte de patrón. Comprendió que ya jamás sería dueña de un paraguas. Era lo lógico y lo natural que hubiese acabado roto. Se había rebelado contra esa ley secreta que gobernaba su vida interior, pues son muy pocos los que, aunque solo sea una vez en su existencia, osan hacer realidad lo inconfesable.

Helga sonrió a su marido desde muy lejos. Fue como si de repente Egon hubiese hecho vibrar débilmente una cuerda dentro de ella, tal vez porque le había hecho ver los límites que podía alcanzar su ser antes de diluirse en la aniquilación. No lo pensó así exactamente. Ella solo pensó: Es como si yo le hubiese sido infiel y él me hubiese perdonado. Y asintió, seria y con aire ausente, como quien sonríe a un niño que pretende alcanzar una estrella del cielo y regalársela a alguien, cuando él, ocupado en cambiarle la bombilla a la lámpara del techo, le dijo por encima del hombro:

—Ya tendrás otro paraguas.